

Umbrales donde apenas llega la luz



Rafael-José Díaz





© Rafael-José Díaz
Umbrales donde apenas llega la luz

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Impreso en Bogotá, Colombia, agosto de 2019

Rafael-José Díaz

Umbrales donde apenas llega la luz
Antología poética (1991-2018)



El Taller **Blanco**

COLECCIÓN *Voz Aislada*

Umbrales donde apenas llega la luz
Antología poética (1991-2018)

LA CREPITACIÓN

También entonces me acordé de otra obsesión que había tenido mucho tiempo: la de un hermano gemelo que había hecho conmigo aquel viaje interminable y que, sin moverse, se había sentado en el rincón de la ventana del compartimento, mirando fijamente a la oscuridad. No sabía nada de él, ni siquiera cómo se llamaba, y nunca había cambiado una palabra, pero, al pensar en él, me atormentaba continuamente la idea de que, hacia el final del viaje, murió de consunción y estuvo echado con el resto de nuestras cosas en la red de equipajes.

W. G. SEBALD, *Austerlitz*

Estoy viendo a mi hermano muerto, sentado sobre la cama que era la suya cuando vivía. Reposa, tal vez, de un largo viaje, y no me habla. La habitación era blanca y azul, antes, llena de libros que él leía frente a la ventana, en concentrada quietud. Ahora las sombras han borrado todo color, ya no hay ventana, la única luz brota de un libro que mi hermano muerto tiene sobre las piernas. Esa luz ilumina su rostro, y así libro y rostro están unidos por un puente invisible. Hay ojos en ese libro que miran hacia los ojos de mi hermano muerto. Estoy lejos para poder distinguir los signos que reposan sobre las páginas. La quietud de sus manos es otra, como si bebiera un agua muy pura en el vaso del aire. Quisiera saber cuándo, cómo murió, el sentido de su presencia ahora aquí junto a su hermano recluso desde entonces en este cuarto que siempre compartieron. Nada de esto sé. Veo sólo, ahora, cómo unas palabras oscuras salen de la boca de mi hermano muerto: la muerte es un gesto transparente que se hace en la sombra.

*

Leía en la noche el libro de Samuel Hanagid, recorría el camino de cada letra, la sombra de sus recodos, la claridad de sus claros. Estaba justamente en el centro de la letra que es una cruz, un cruce de caminos que se pierden en la blanca transparencia, cuando vi en la ventana el reflejo de mi

hermano muerto, que se acercaba por detrás. Entonces su mano, lenta, se deslizó por el libro en que yo respiraba. Dijo que tenía que entrar en él, abrir muchas puertas, apenas descansar, no dormir nunca, pues en una de aquellas letras innúmeras lo esperaba su hermano para continuar juntos el viaje de la muerte.

*

Una letra que desconozco crepita en la boca de mi hermano muerto. Quién ha hecho de tu cuerpo una hoguera. Descendí a tus labios para ver de cerca las llamas, para leer la letra que se escapó del libro y conoció la faz de los mundos. Ahora es ceniza de tu boca. Ahora es el pájaro que está detrás de tu muerte. Desde aquí oigo las voces apagadas del fuego, las alas que retumban en el aire vacío. Tu cuerpo extendido como un libro sin páginas. Los restos de la hoguera. ¿He de beber del río de cenizas que pasa por tu boca?

*

Oigo sus pasos. Diría que dan vueltas a mi alrededor, como si mi cuerpo, o su centro secreto, de algún modo, los imantara. Oigo sus pasos, las voces antiguas de su ausencia. ¿Su ausencia? Cómo llamar ausencia a lo que incesantemente regresa. No aparecen sus pasos, no se hacen presentes, pero se oyen. Los oigo. Como el resplandor de una lámpara apagada hace tiempo. Como el trazo blanco en que se fija el vuelo de un pájaro en la noche. Así oigo sus pasos. Lo oigo llegar. Diría que a veces se detiene como si el espacio se adensara y le impidiera andar, o como si sus pies le pesaran demasiado o tal vez nada. En esos intervalos dejo de oír y, sin embargo, es entonces cuando su llegada se hace más apremiante, menos incierta. Pienso: se ha detenido para que yo busque el lugar en que alojarlo, descansa sólo un instante para agrandar el espacio de mi espera. Y así, me preparo para recibirlo, pues ya no oigo sus pasos. Ahora, sin embargo, los oigo de nuevo. No me pregunto nunca, después de cada intervalo, si su intensidad ha crecido, si se oyen más cerca. Sí, eso querría decir que va llegando hasta mí, que muy

pronto desaparecerá la distancia que nos separa. Pero me pregunto si lo que deseo en realidad no es oír incesantemente el rumor de sus pasos, imaginar que su movimiento es una quietud y que mi quietud, por tanto, puede ser un movimiento. Me tranquiliza pensar que no viene hacia mí, que sus pasos, sin dejar de acercarse, se han detenido en un punto indeterminado del espacio que me rodea. Si llegara hasta mí, pienso a veces, tal vez mi cuerpo no sería más que uno de esos intervalos en los que sus pasos parecen detenerse para descansar, para escucharse a sí mismos, para que alguien que no soy yo y a quien no conozco deje de oírlos y alimente así la esperanza de que se acerca y llegará hasta él.

*

Las cenizas de mi hermano muerto en este reloj. Cómo tocar con el soplo lo que está protegido por el cristal. Y, sin embargo, en las horas sin sombra, se diría que el cuerpo de ceniza de mi hermano gira, experimenta una tensa agitación en el interior del reloj. En realidad es sólo un puñado de cenizas que responde, tal vez, a una imperceptible vibración de mi mesa. Pero en ellas veo a mi hermano, y deseo soplar sobre su cuerpo, entrar de algún modo en ese lugar cerrado que ahora ocupa. Las cenizas se deslizan lentamente por el orificio minúsculo que une y desune las dos cavidades idénticas. No dejo nunca que se acumulen todas en el fondo, giro el reloj para que su movimiento de transvase se perpetúe. A veces, al final de la noche, creo que mi soplo logra traspasar el cristal.

*

Antes de acostarte, muy tarde, hacia las dos o las tres de la madrugada, ibas a la cocina a beber agua, varios vasos, para que la sed no te despertase en toda la noche. Cruzabas el pasillo, tu respiración contenida, el roce de tus manos por las paredes y las puertas a oscuras. Tan silencioso, para no despertarnos, era tu breve viaje nocturno por la casa, y sin embargo, desde los bordes del sueño, que sólo cuando tú ya estabas acostado me sobrevenía, oía yo el silencio de todos

tus movimientos: ni siquiera la puerta de corredera, que deslizabas suavemente hasta cerrarla del todo, me impedía oír el murmullo del agua cayendo en el vaso, el soplo de la brisa nocturna al abrir la ventana, el chasquido de los interruptores de la luz y, algunas noches, un llanto entrecortado, sordo, como una herida abierta en el silencio. Hubiera querido entonces levantarme, acompañarte en ese momento de dolor cuyo origen yo desconocía, pero pensaba que tal vez no debía inmiscuirme en esa soledad del llanto que ha ido a refugiarse en las horas más altas de la noche. Y permanecía en la cama, separado de ti por un pasillo que en esos momentos me parecía un abismo insalvable. Luego regresabas, y tu sigilo y mi escucha se unían entonces como en el viaje de ida, pero esta vez con la sensación jubilosa que lleva consigo todo regreso. Y esa unión era el anuncio de la que inmediatamente tenía lugar: la de nuestros dos sueños, iniciados, cada noche, al mismo tiempo.

Desde tu muerte no oigo los pasos callados por el pasillo, y ahora soy yo quien antes de dormirme voy hasta la cocina, la casa ya en reposo, a beber agua. Quisiera oír mis pasos confundidos a los tuyos, sentir tu respiración a mi lado, beber contigo, en tu boca, al final del viaje sin regreso, el agua del dolor y del silencio nocturnos.

*

Sobre mis manos, las manos quemadas de mi hermano muerto. Mis manos blancas, llenas de su ceniza. Aún oigo el fuego, aunque ya no ardan sus manos. La quemadura no habla. Sólo ha dejado huellas, surcos ciegos en la palma, en el dorso, entre los dedos, sobre las uñas. La quemadura silenciosa. Mis manos tocan las incisiones del fuego, las marcas de la carne doliente. Sienten un pulso calcinado, una sucesión de blancos latidos. ¿Late la ceniza? ¿Late la muerte de sus manos? ¿Laten mis manos por las tuyas, por la quemadura viviente, por la ceniza impalpable de su muerte?

*

Un relicario para tus ojos. Limpios, verdeazules. Hay luz y aire entre nosotros, aún. Y mirada en tus ojos, tras la fijeza. Sí, me miran, desde su muerte, desde este poema que no los ve, ciego.

*

Debe de dormir ahora en el fondo de un viejo armario: el juego de las letras. Consistía en llenar cada casilla vacía del tablero con una ficha-letra, hasta formar una palabra. De esta primera palabra debía salir otra, y así hasta hacer del tablero una red de letras inmóviles que parecía desplazarse hacia su centro, siempre vacío. El tablero nos ofrecía durante horas su silencio imantado. Al final, las manos, cansadas, devastaban el escenario de las palabras, borraban sus figuras enigmáticas, y las fichas volvían a guardarse en la mezcolanza primera de su caja de cartón. Pasábamos las tardes del verano, mi hermano y yo, en este juego de palabras destinadas a la muerte antes de engendrar una voz. Ahora mi hermano está muerto. Las letras del juego duermen en la oscuridad de un armario. Nadie volverá a alinearlas. Sin embargo, a veces oigo la voz iluminada de mi hermano pronunciando alguna de aquellas palabras. Para encontrarlo y volver a jugar con él he formado esta otra red de palabras.

*

Cómo llamar ausencia a lo que incesantemente regresa. Cómo decir que has muerto si ahora tu mano se apoya sobre mi hombro. Cómo cerrar unos ojos que sólo ahora ven. Cómo incinerar un cuerpo de fuego. Diré una palabra que sólo tú oirás.

*

Cuando, en la noche, apenas oigo mis pasos ciegos en la casa dormida, me siento muy cerca de la muerte. Más allá de ciertas horas, mis pies parecen borrarse, recorro en silencio

todos los cuartos, y en ninguno hallo el menor testimonio de mi presencia. Los muebles podrían no estar ahí, y si mi mano hiciera algún esfuerzo por tocarlos, se revelarían como objetos que ocultan el ser que los habita. Por eso ando sin detenerme, prefiero escuchar el rumor de mis pisadas sobre un suelo que no veo y que quizá no existe. Sí, podría estar suspendido en el aire nocturno de la casa, o incluso en la ausencia de ese aire. Habría el mismo silencio, la misma sensación de estar en una casa vacía, muerto como tú, recorriendo los cuartos donde en otro tiempo nuestra madre hojeaba álbumes antiguos, donde hubo camas para nuestros cuerpos dormidos, armarios llenos de ropa o colecciones de peonzas y mariposas muertas que tal vez fueron mías o tuyas, una mesa frente a la ventana donde yo leía durante horas o escribía poemas que hablaban de mi propia muerte, de la tuya.

*

Abrí la boca y entró un ave que bajó hasta mi estómago. Venía de lejos, y anidó allí, en lo más hondo. Durante días vibraron por mis venas su canto o su sueño. Bebió mi sangre para alimentarse o para transmutarla en agua sobre la que flotar, pues era tal vez un ave de costumbres acuáticas. A veces dejaba de oír su voz o su respiración, y me preguntaba si había muerto. Pero de pronto volvía a sentir un rumor apagado, el calor de un cuerpo dentro del mío. Sé que llegará un día en que el ave habrá bebido todo lo que hay dentro de mí. Entonces tendré que volver a abrir la boca para dejarla salir. Pero no se irá sola.

*

Pronunciaba el poema en la casa vacía. Dejé de leer. Medité sobre esas palabras que entraban en el aire. Vi el aire entre los muebles, entre mis manos, entre las páginas del libro. Ahora escribo otras palabras en la casa vacía. Entran y salen del aire, viven en la transparencia. Mis manos se reflejan en mis ojos mientras leo esta página que escribo.

*

Guardar un objeto, un mínimo vestigio que represente la entera presencia de lo que ya no es: así hizo mi abuela esta tarde con una pluma de uno de los pájaros que durante tantos años han cantado para ella. La ha guardado entre las páginas del misal que cada noche utiliza para no perderse en sus oraciones. A partir de ahora, cuando entre al «cuarto de los pájaros» y vea vacía la jaula luminosa junto a la ventana, callado el aire del patio que traía hasta la cocina, situada enfrente, el canto de su pájaro, a partir de ahora esa pluma será para ella, cada noche, al abrir el misal, el signo de una pervivencia, su compañía nocturna, los ojos de la memoria, el canto de su pájaro muerto.

(El cuarto de los pájaros, I)

*

Las manos de mi abuela dentro de la jaula en que vive otro de sus pájaros, ciego. Con no menos resolución que cuidado, llena de alpiste y de agua los recipientes semivacíos. El pájaro revolotea un instante, pero luego se tranquiliza o se resigna y permanece quieto durante toda la invasión de las manos. «Ya no canta», dice mi abuela. «Está ciego».

(El cuarto de los pájaros, II)

UN ÁRBOL

para Roberto A. Cabrera

Un árbol se movía, quieto.
Lo miraba desde el coche, aparcado
junto a la casa. Había venido de la ciudad
para pasar solo la tarde,
en la terraza transparente, leyendo,
hasta la disolución última de la luz.

Pero ahora
no quería salir:
el canto suspendido de los pájaros,
el viento silencioso, sólo visto en la agitación
incesante de las cañas o en las locas
espirales de las briznas sobre los cristales,
la ausencia que deshacía el rostro
de lo visible, todo invitaba a permanecer
recostado en el coche,
contemplando aquel árbol
poderoso, capaz de resistir
los embates del viento.

Su vibración
imperceptible, como el balanceo
de una barca sobre aguas tranquilas,
o como el sigiloso deslizarse de un gato
por el borde de un muro, la enigmática
pulsación de las ramas contra el aire,
su nítida silueta, grávida, serena,
alzada sobre el cielo vacío de una tarde
de marzo, sobre el rostro calcinado del mundo,

¿no invitaban
a una calma del cuerpo,
a suspender
espíritu y mirada,

a un reposo vibrante
de los miembros tendidos
en el asiento de un coche
aparcado junto a una casa vacía?

EL CANTO EN EL UMBRAL

¿Oyes el canto en el umbral?
Cerca de la casa los árboles
giran, anudan sus ramas cimbreadas.
¿De dónde vienen esas voces?
Resplandece la noche
entre tus manos. Duermes
en el vacío de tu luz, en la total
apertura de la noche a la noche.
Tu sueño es una danza quieta
sobre la tierra liviana.
Llamas a los árboles, les pides
que se acerquen al umbral:
quieres bañarte en la luz de su sombra,
quieres ver cómo sus cuerpos enlazados
se adentran en el canto.
Ellos acaban sumándose a la respiración
de la casa. Tú bebes el aire nocturno
que destilan sus ramas. Oyes
la noche ciega en el umbral.

LAS SÁBANAS

Cada noche, al deshacer la cama
para acostarme, veo la sombra de mi cuerpo
sobre las sábanas, las huellas
de una antigua impregnación.

Así, cada noche, se tiende
mi cuerpo sobre la sombra de otro cuerpo
que no es el mío ya, sombra del cuerpo
de mi muerte, de la llaga secreta
que cada noche se aviva y nadie lame.

Y al apagar la luz, veo brillar tan sólo
las esplendentes sábanas,
que me cubren y borran,
cada noche, la sombra de mi cuerpo.

EL INCENDIO

He visto cómo de pronto la ventana ha comenzado a arder, como si una tensión indecible cruzara su blancura, como si oyera más allá de los bordes la voz silenciosa del fuego. Pero nada se oye ahora, ni siquiera la crepitación. ¿Se ven las llamas? Apenas, pues el blanco que arde está más allá de todo color, de toda posible percepción visual. La entrevisión en mis ojos, tan sólo, como si la ventana no estuviera ahí y no se vieran más que algunos puntos blancos mínimamente encendidos. Me pregunto qué se oye en esa llamada inaudible, cuál será la textura de la voz del fuego, y como única respuesta alcanzo a ver un rostro sereno que va dibujándose entre las llamas, un rostro de indefinidos contornos, de rasgos casi borrados: unos ojos, una nariz, una boca. Es suficiente para que reconozca ese rostro que, sin embargo, se ha vuelto irreconocible. Se diría tocado por la mano de la muerte. Rostro renacido ahora para dar sentido al incendio de una ventana blanca, rostro en el fuego que viene a decir la palabra de mi muerte, la que sólo se oye en una habitación vacía, la que rasga el aire que ya nadie respira, la que toca los despojos de un cuerpo sobre el lecho, la que levanta ese cuerpo y le dice que ande.

EL UMBRAL

para W.

I

El umbral está lleno de sangre. Ven, pero no entres, porque no hay nadie en la casa. Quédate en el umbral, conmigo, para recoger juntos los restos ensangrentados de nuestra propia carne. La casa está siempre más allá, deshabitada, silenciosa como un árbol nocturno. Tú vienes ahora, pero yo estaba ya en el umbral. ¿Iba a entrar en la casa o acababa de salir de ella? No lo sé: el resplandor de la sangre ha cegado mi memoria. Ahora vístete esa túnica blanca. Hemos de danzar sobre nuestros propios cuerpos despedazados. Renacerán o salpicarán de sangre la blancura de nuestras ropas. Luego arderá el umbral.

II

Mi cuerpo abierto y frágil, como un ánfora antigua, para recoger la sangre quemada, las rojas cenizas que gotean de los árboles.

III

Al descender el cuerpo, la madre sólo veía sangre. No sangre sobre el cuerpo: sangre que era el único cuerpo.

IV

Una llamada. Sin voz. Sólo una levísima vibración del aire, el gesto puro y humilde de unas hojas sobre el camino. Gesto silencioso audible sólo desde el umbral. Gesto que nos llama si la puerta está abierta, si hemos apagado antes la hoguera de voces que nos destruye, incesante.

V

Aguas sobre el umbral, dormidas, oscuras, sólo perceptibles por el ruido de nuestros pies cuando nos asomamos en la noche. Aguas para que el umbral parezca no existir, fundido plenamente con el aire nocturno. Aguas que no traspasan nunca el umbral, porque el sentido de la casa es la sequedad, el vacío, la abrasadora sed que busca cada noche las aguas dormidas del umbral.

VI

En el umbral arden los cuerpos. Paredes, cenizas blancas. Un aire quemado nos separa y nos une. Escala de la calcinación: pasos en el borde para ver el revés de los cuerpos. Ciego, al mediodía, el umbral.

VII

Una baranda de madera cascada por el sol, unas hamacas vacías, gastadas, casi inservibles, una pared muy blanca, reverberante, baldosas descoloridas, unas jambas y un dintel, el hueco que forman. El umbral solo existe para la sed de tu rostro.

VIII

La destrucción de toda imagen, en el borde, en la línea de piedras humeantes que vemos al salir. ¿Qué nos sostiene en este mediodía rasgado? Borde de ausencia donde nada se oye, para que el cuerpo sea envuelto por un aire blanco, espeso, voraz. Aire de muerte. Para que la mirada calcinada llame de nuevo a las voces, al fuego, a los cuerpos del sol sobre el umbral.

IX

La danza de un cuerpo vacío en el umbral. Giran las manos, ligeras, para las circunvoluciones de la muerte. Gravitan las baldosas alrededor de la ausencia, en el espacio ilimitado que se repliega y consume en un punto de oscura ignición. No hay sombra del cuerpo danzante en el umbral. No hay casa ni mundo más allá del umbral. Un cuerpo danza vacío. Sin sombra. Sin cuerpo. Para la muerte. En el umbral.

LA SALIDA

para Goretti Ramírez

Las manos de la noche
retuvieron la luz. Yo caminaba
por las casas de cal, hacia las aguas.

¿Qué me esperaba allí?

Las escalas de piedra, silenciosas,
guardaban los destellos y las voces del día.
El césped, los arbustos, el rumor
de los grillos, camino de las aguas.

En los bordes del sueño
un resplandor, o un aire blanco,
había brillado entre las sábanas.

Supe entonces de una antigua promesa,
la de la luz guardada por la noche,
la del cuerpo que baja,
al fin, hasta los dedos de la luz.

Y así, dormido, me vi deslizarme
por la abierta ventana.
Todo resplandecía y se reflejaba en mi cuerpo.

Yo caminaba
por las casas de cal, hacia las aguas,
en el amanecer de medianoche.

EL AVE DE LOS CIELOS

para Marco Piazza

I

No he vuelto a llamar
al ave de los cielos. No se ha alzado
mi mano de nuevo
entre las telas de la noche.
Nada arde: los ojos entre ramas
están llenos de arena, y el plumaje
no se despliega ya para los cielos.
Nada arde. No viene, en el rumor
de la hierba nocturna,
el ave hasta la mano,
el rostro de la luz hasta la oscuridad de mi rostro.

II

¿Y no vendrás
como una palabra
que regresara a mí desde muy lejos?
Por el cuerpo del aire
leería las venas invisibles
de tu vuelo,
las huellas de tu paso por la noche,
camino de mi cuerpo. Ave de espacio,
¿no vendrás como sed de toda agua
celeste, más allá
del espacio del día y de la noche?

III

Pero nada se oye.
Acaso esté lo audible sumergido
en infinitas aguas silenciosas.

¿Resuenan nuestros pasos
en la tierra del cielo,
allí donde anidó el ave que espera
una sola señal de nuestras manos
para el regreso?

IV

Ahora sus ojos son tierra
entre la tierra.
Las alas adamadas por la luz,
alas que un viento pudo levantar
hasta el borde inviolado de los cielos,
son ahora hojas muertas.

V

Como aquel que despierta de un sueño muy oscuro
y ve al salir a la mañana un niño
sonriente corriendo entre los árboles,
así se alza mi mano,
ave, de nuevo, en este día
de oscuridad,
y espera la llegada de tu cuerpo sagrado.
Así vuelvo a llamarte.
Y la palabra que vendrá hasta mí
enhebrada en tu pico resurrecto,
ave, será palabra de transfiguración
que devolveré a lo lejano,
a otra ave de los cielos.

LA AZOTEA – RÉQUIEM

I

No hay baranda. Los círculos del viento
hacen temblar los tallos coronados,
las flores resurrectas en las horas sin luz.
Gira el espacio, abierto
a las mudanzas lentas del espacio.

II

Nada
detiene la llegada de las hojas
desde el vacío.
Rumor de ramas enlazadas,
ya en lo oscuro,
como un cuerpo de luz que tocara los bordes.

III

Ningún límite entonces, ningún borde,
sólo el paso de un dedo por el ápice
de qué espacio entreabierto, qué casa para el sol.

IV

Las manos alongadas
podrían tocar las copas de los árboles
que se agitan cuando un pájaro pasa
a su través.

V

Hay una habitación pequeña,
una mesa, un libro abierto,

una mano apoyada
sobre la otra.

VI

No hay baranda,
sólo un sueño que une los espacios.

VII

Y el eco de una voz atraviesa los muros
y los húmedos patios.
«Sé que tu muerte irá inscrita en mi muerte
como el dibujo de un fósil
sobre la piedra milenaria.
Tu rostro es el envés de mi rostro
en la hoja invisible de los tiempos.»

VIII

Había, hubo
un palomar: repisas contra un muro
donde cada paloma descansaba
de un vuelo imaginado tan sólo
por los ojos del niño
que escuchaba el zureo, cada día,
y alimentaba con sus manos
los picos hambrientos.

IX

Convocado,
el tiempo gira, dibujando
remolinos de hojas en las losas del tiempo.

X

«Va a empezar el verano. He reunido algunas cosas del pasado, objetos que he dejado de usar, como si fueran imágenes borrosas de mi vida. Decid, ¿subiréis mañana hasta aquí, rodearemos en círculo la hoguera de la noche más larga, como un rito de tránsito (las llamas por los ojos) que renueve la vida y nos devuelva a la muerte?»

XI

La azotea
suspendida entre la tierra y el cielo.
Abajo, por la calle,
pasan coches, personas que no conocemos,
hojas arrastradas en los días ventosos,
nubes, arriba, inasibles
pájaros hasta el borde de los cielos.

XII

No hay baranda,
y en lo oscuro
podría un cuerpo caer, o abalanzarse
al asfalto de abajo, al mediodía.

XIII

Pero el pico de un pájaro toca aún nuestra mano,
la misma que pasa las páginas de un libro
sin principio ni fin.
Cada dedo
conserva hasta la muerte la memoria del roce.

XIV

Allá, en la esquina húmeda,
las hojas misteriosas de los crotos
dicen una verdad, contra los muros:
crece la vida en el silencio
de las manos que hablan con las plantas,
crece el dolor humano
en el agua que corre entre las hojas.

XV

No, no hay baranda,
para que un soplo finísimo
circule entre las ramas y los rostros.

XVI

«Gravita el sol, aún, sobre mi cuerpo
tendido en el asfalto. Ven, recógeme
y llévame a la sombra.
¿Recuerdas una hoguera,
ascuas nocturnas,
ceniza,
los rostros reunidos en un ramo de fuego?
Todo ardía, como ahora
arde mi cuerpo muerto entre tus brazos,
en el centro de la vida.»

XVII

Y ahora la ceniza
se agita en la ceguera de las manos,
corona los espacios,
reposa como un ave sobre losas desnudas.
Ceniza
para el advenimiento de otra hoguera.
Ceniza suspendida, como un círculo

de palabras en torno de un misterio.
Ceniza, blanco
sobre el oscuro blanco de la luz.

XVIII

Cuelga la ropa de cuerdas
invisibles, cruza la sombra
del joven muerto que aún busca por el aire
a las aves perdidas,
se borra un rostro
sobre sábanas húmedas al sol,
sobre las páginas de un libro
tan sólo para reencontrarse,
transfigurado, en otro rostro.

XIX

Rostro vulnerado, adónde,
qué luz más pura dice tu verdad,
mejillas, sienes, frente
tras la espera en lo oscuro,
cabello, cejas, boca
un nuevo despertar, herido,
en la blancura.

XX

Abren las manos,
silenciosas,
la memoria del aire hasta la muerte.

CANCIÓN DE LA TIERRA

*... und das Aug entflieht
Verlangend nach den Reizen der Erde mir*

Hölderlin, *Der Neckar*

I

Tierra,
rostro del cielo.
Fatigamos tus surcos,
venimos hasta ti desde un origen
que no sabremos nunca,
nuestros pies dejan huellas sobre tu piel antigua
para que un día sean borradas
por el viento que sopla de tus poros.
Adoramos tu voz
y la transformamos en sangre,
tierra, hasta el dolor de nuestras venas.
Pero ¿somos acaso otra cosa que briznas
de la fragilidad?
Escucha
el extravío de estas sílabas:
ciegos fragmentos
de un nombre pronunciado un día por tu boca.
Escúchalas correr sobre tu cuerpo,
heridas.
Eso somos:
oscuras sílabas de sangre.
Oscura, siempre,
el agua en nuestras manos.
Oscuro nuestro rostro en tu mirada oscura.

II

Y caminábamos.
Las montañas envueltas en la bruma

eran un coro silencioso.
Quedó atrás el asfalto.
Los caminos de tierra, como ramas
de un árbol invisible entre los árboles,
se abrían en lo oscuro.
Arriba, la súplica del sol.

Hablábamos, las bocas
no dejaban de arder: aire en los dientes,
lenguas que se agitaban como llamas,
cuerdas de carne
para el deseo de la voz.

Hablábamos
y el viento parecía
llevar nuestras palabras más allá de la bruma,
hasta cimas solares
o secretas cavernas:
allí donde la escucha puede ser otro incendio
en el fuego del sol o en la hoguera nocturna.

III

Ramas contra los rostros, el azote
del viento o de la sed,
mientras giraba
la paz nupcial del aire en lo más alto.
Tan sólo las palabras pronunciadas
protegían los cuerpos.
Había nevado.
Tierra ya sin nombres,
renacidos arbustos en la herida
de lo indistinto, en la avidez
oscura de la nieve.
Seguimos
un camino invisible, dibujado
por el deseo de los ojos
sobre la tierra blanca.

Se hundían nuestros pies.
Dejaban huellas
en la memoria de otras huellas.
Nos detuvimos.
Sellado, el cielo.
Una voz nos cegó,
la mirada del tránsito, que ardía
en los seres ausentes.
Supimos
que la nieve era la carne de la luz,
luz abismada
en el tormento de la carne.
A lo lejos, de pronto,
cruzó al ras luminoso de la tierra,
en el borde de todo lo visible,
una raposa. ¿Huía
del espacio? Su cola
parecía ser signo de otra luz,
o de la luz antigua recobrada.
Signo
del ser sobre el silencio de la tierra.

IV

«También los animales dejan huellas
que tendrás que leer.
Ellos fueron salvados, como tú,
y sus colas, sus crestas, su plumaje
son frases de la tierra que aún celebra
la palabra primera.
Ahora tú estás aquí.
No sabes nada.
Acaso no debieras preguntar,
sino encarnar tú mismo la pregunta.
La tierra blanca
es un lugar sin límites,
allí estás lejos
del tiempo conocido.

Árboles oscuros del reino,
míralos al pasar,
nudos entre la tierra y las arenas celestes,
impronunciables sílabas
de la palabra del origen.
Míralos, mientras pisas
las hojas calcinadas de una luz
anterior a la luz,
el tiempo nuevo, silencioso,
de los caminos altos de la nieve».

V

La voz
irrumpió como un soplo entre las hojas.
Contemplamos los árboles:
la madera que ardía en una luz
nueva y antigua
era carne del dios desconocido.
Un poco de resina
empapó como sangre nuestros dedos.

¿Pudo sanar, al fin,
la herida oscura de los rostros,
tierra,
en tu cuerpo irrigado,
en la paz de las briznas que te nombran,
en la sola palabra de tu reino
entregada a los hijos de los hombres?

LLAMADA EN LA PRIMERA NIEVE

Primera nieve
sobre la tierra abierta como un ánfora.

Mírala descender,
mira las briznas blancas,
las escalas tejidas en lo oscuro,
las cuerdas que unos dedos delicados
pulsan para el silencio.

Podríamos salir, ahora, y nuestros cuerpos
sabrían de un ropaje
ligero para el viaje de la noche,
acaso ningún rastro
dejarían los pies sobre la nieve,
ningún signo
para un regreso al día y a la casa.

Ánfora sin fondo, la tierra,
para la nieve inagotable.

Ven, apoya tu rostro
en la ventana, aquí, junto a mi rostro,
mientras afuera la ventisca
borra las huellas de unos pasos
en la nieve.

Acércate, mi rostro te ha llamado
desde otro silencio,
pues sólo en esta casa, junto al fuego
que nace entre los rostros, y los suelda,
sólo en la unidad
de las manos que tiemblan como llama,
sólo por las bocas
que son un solo rostro en el cristal,
podríamos salir
a la noche infinita de los cuerpos,

a la nieve
que brilla para la única mirada.

EL ASPIRAR DEL AIRE

I

Un bosque.

Cerca del cielo, el brillo
de las ramas.

Es la estación
del alborozo entre las copas,
la plegaria
de cada brote o cada pico hambriento
en los nidos del bosque.

El intervalo
en que la luz aspira el aire
es goce, ahogo,
transparencia.

II

La luz respira ahora
nuestras voces.

Aspiramos
la hierba por los poros temblorosos,
los pétalos hollados
que la luz no podría respirar.

Raíz hasta la mano
que busca en otra mano su raíz.

Y pactamos, desnudos, con la luz que respira
la sombra de los cuerpos.

III

La hierba
alumbra todo lo que toca,
hasta los cuerpos
que ruedan sobre ella confundidos
con sus sombras al borde de la luz.

Somos
un sueño de este bosque
en el atardecer.

IV

Nidos o manos, bocas o ramajes,
¿no es su llanto uno solo, entretejido
en un único aire
antes o después
de que la luz lo aspire?

¿No es una sola la quietud
con que aguardan la noche,
el agua de la fuente
sobre la herida?

V

Jadeamos, desnudos, en el jadeo último
del cielo sobre el bosque.

Goce del ahogo
en el ilimitado instante
entre el cuerpo y el cuerpo
entre la luz y la luz
entre el tiempo y el tiempo.

Transpiración
de toda la hierba por las venas.

Pulso, pacto
del bosque con el cielo.

PRIMERA NOCHE

Estábamos solos, abrazados
a la brisa que a sí misma se abraza,
al deseo en los párpados del mar.

La luna arriba, más delgada
que las palabras
desprendidas de un sueño oscuro y sin palabras.

El dorso de la mano en la mejilla,
la palma en la raíz de la cintura.
«Respiramos», dijiste, «el sueño de la arena».

Solos, abandonados en la noche,
sin otra luz que la de las palabras
en un cielo sin luna.

«En el amanecer seremos devorados
por el grito feroz de las gaviotas,
palmas y labios, cuellos, todo carne delgada para el sol».

LAS SIETE CAÑADAS

El volcán no es un sueño. Tú y yo lo rodeamos
por las siete cañadas bajo el sol
que giraba más lento que nosotros.

No dormía el volcán. Acompañaba
los pasos entre flores, los abrazos furtivos
como hogueras al borde de otro cielo.

Tú descubriste para mí dos pájaros
conversando abrasados por las ramas
que ardían con el fuego antiguo del volcán.

El sol o el ojo o el cráter
daban luz y embebían
la luz que sólo daban los párpados del sueño.

Párpados,
tus párpados,
enhebrados al sueño de los míos.

Como la tela de la araña
que vimos resistirse al viento
y a la presencia oscura del volcán,

así los párpados delgados
buscaban en el aire el centro intacto
de la vida y la muerte.

Secreta estancia del amor, adonde
tú acudías de muy lejos, del centro
de una tela tejida entre el sol y la nada.

No era un sueño el volcán. Por las siete cañadas
nos decía la luz que no era un sueño
el amor, que otra luz verían los ojos a la sombra del sueño.

UNA TARDE, MUY LEJOS DEL UMBRAL

Lengua de luz sobre los montes
que rodean la casa:
lenta como el recuerdo se desplaza
y toca cada árbol, cada hierba.

Escribo en la terraza; en otro tiempo
la llamé transparente, y aunque dudo
que fuera exacta esa palabra, sé
que hoy la mano y los ojos habitan entre sombras.

Sólo esa breve lengua de luz tenue
que va lamiendo la ladera
sin ardor aparente, con la delicadeza
de una caricia tras un llanto inconsolable,

parece transcurrir al margen
del tiempo destructor,
como si hubiera un tiempo que pudiera sanar
con nueva transparencia las heridas oscuras.

Sigo escribiendo, y las palabras son
en mi mano una danza de preguntas
y dudas, aún muy lejos
del umbral en que todo es transparente.

Va a acabar el verano. ¿Acabará
también la luz hundida en la memoria
sin dejar una huella, una palabra,
un signo de su paso tan cerca de las sombras?

ALMENDRA

La noche no ha caído
aún sobre los cuerpos.

Cómo podría el viento
atravesar los rostros

si los labios insisten
en unirse a los labios.

No hay palabras, ni aliento,
sino el viento que gime

por sembrar en la luz
su semilla, su sombra.

No te gires, no mires
ese bosque de almendros:

las flores aún no pueblan
sus ramajes sedientos.

Nace el sueño en las bocas
que se funden dormidas.

La noche aún no nos hunde
en su oscura morada.

Más allá de este instante
aletea otro instante.

En la almendra que muerdes
duerme, ignorado, el tiempo.

(Caldera de los Marteles)

AVE PERDIDA

¿Y qué palabra, ahora, harás salir
de tu boca extasiada en el regreso
de la luz a la luz, ave perdida?

He venido a escucharte. Me he escondido
al final del sendero,
donde es raro que nadie aparezca a esta hora.

Tu hablar es una danza.
Giras y giras sin descanso, mientras
mi lengua entumecida olvida su lenguaje.

El viento disemina
tu voz hasta el nacimiento del barranco,
tu cuerpo hasta el nacimiento de la voz.

En el centro, totémico,
el árbol al que adoras con tus vuelos,
unida a él, ¿es cierto?, por un lazo invisible.

Vas y vienes, misterio del día que termina
y consiente en caer, ave, en un pozo
que conoce tu ardor mejor que mi palabra.

Olvidar es tal vez
nacer a otra memoria en la que todo
regresa transformado a nuestros ojos.

Tu ardor y las palabras que he olvidado
se buscan más allá
de este instante en que ardes perdida en mis palabras.

(Agüimes)

BRECHA SOLAR

Pienso ahora
que ha sido sólo aquí, en este banco
de un parque en el que fui
un niño que corría, se internaba
entre las hojas de la tarde
y se escondía
tras los troncos de arbustos y palmeras,
fingiendo olvidarse de su madre,
pero siempre pendiente de sus ojos, su voz;

que ha sido sólo aquí, en tantos días
de veranos sucesivos, de brechas
abiertas entre tiempos de ausencia o de ceguera,
donde el sol describía
las cortinas de nubes, delicado,
y bajaba hasta el cuerpo, hasta la ropa
ligera que lo cubre en el verano,
hasta el libro, hasta el iris
de los ojos que leen, hasta
las manos que componen sin saberlo otro libro,
menos luminoso;

pienso ahora, también, aunque tal vez
lo haya sabido siempre, que estas nubes,
en su danza, descubren
y cubren, o desvelan y velan la mirada
calurosa del sol, y con sus gestos
de nada hacen que el cuerpo todo
se estremezca y recuerde lo que nunca sintió,
sienta ahora lo que nunca ha pensado
y piense en este instante y más allá
de este instante, del sello
huidizo del sol sobre el espíritu,

que ha sido sólo aquí, en este banco
de madera ya casi despintada,

donde el sol se ha entregado de verdad,
donde el cuerpo ha sabido,
desde siempre,
que su carne es un mínimo fragmento
del sol que ahora se derrama, tímido,
por una brecha abierta entre las nubes.

para Adrián

SÁBANAS DE una noche sin abrazos,
de muchas noches sin amor, perdidas,
o de una única noche de incierto amor lejano,

os miro al levantarme, al recobrar
mi cuerpo en la mañana silenciosa,
y lo único que veo

es la noche perdida entre sueños confusos,
la luna derramada en el pozo de mi frente
y huellas de un combate desigual con las sombras.

Sábanas sin más labios escondidos
entre sus pliegues que los míos solos
tendidos hacia nadie, hacia ninguna

boca o espalda o nuca o mano:
sudario del que un cuerpo se evadiera
no para renacer, sino para seguir muriendo.

LA MANO izquierda acaricia indolentemente los testículos, tras la siesta, igual que la mirada se deja absorber por la difusa luz del despertar, incierta, porosa, desasida. Se diría que es el cuerpo entero, más que la memoria, quien empieza a recordar una cama de la infancia, otra mirada, otra siesta, otra luz y otro despertar, mientras la mano izquierda continúa sembrando en los testículos un calor que se extiende a todo el cuerpo desnudo. Él apenas recuerda ya el deseo que esos testículos han despertado en otros cuerpos, la tensión con que ellos mismos se han convertido en la sede de un deseo abrasador. La vaga luz dorada que llega hasta sus ojos sólo parece evocar otro cuarto en que un niño iba entrando con timidez en la vida. Y ahora la mano derecha abandona la nuca suavemente atenazada para sustituir a la izquierda, que se deja caer hasta tocar el suelo frío, en su prolongada e indolente caricia. Él tampoco sabe --¿lo sabrá acaso su cuerpo?— que tal vez esos mismos testículos que sembraron deseo y fueron correspondidos con placer contengan ahora, enfermos, la semilla de su muerte temprana.

(Ensayo de autorretrato imaginario)

para José Herrera

ALGUNAS DE las tumbas
aún conservan su lápida; las otras
permanecen abiertas, como si alguien,
¿un ángel?,
hubiera permitido que los muertos
pasearan invisibles bajo el cielo,
entre álamos de hojas ya amarillas,
entre los vivos de otro tiempo,

y no nos vieran, atónitos, pasar
junto a sus tumbas,
hablar, pensar, reír, besarnos
o recordar los besos que nos diéramos
cuando aún no sabíamos
que algún día las tumbas se abrirían
para unir nuestro aliento
al aire que reúne a los vivos y a los muertos.

(Les Alyscamps, Arlés)

EL ÚNICO milagro de esta tarde
es no haberme extraviado

entre tantas palabras destruidas,
inconclusas, vacías o ilegibles

como flotan en este mismo instante
entre un par de palabras rescatadas.

Pero hablar de milagro
es vaciar de sentido lo que otros

dijeron al hablar de un cuerpo que salía
de la muerte a la vida al ser llamado.

Decir o no decir en vano o con la sangre
lo que debe ser dicho o ser callado.

Las palabras son rostros, son fragmentos
o huellas o soplos ligeros de algún rostro

que ha pasado muy cerca, a nuestro lado,
como una promesa, antes de evaporarse.

Estar solo, esta tarde, y resistir
la presión de ese paso en el vacío,

¿cómo lo lograría sin palabras,
sin algunas palabras aún no dichas,

aroma, acequia, casa, recordar,
como aves que anidaran cerca del corazón?

Y la boca, esta tarde, no dolía
en el rumor de un labio contra otro.

Decir para vivir, decir hasta vivir
no era un milagro: era tan solo

prender un breve fuego
hoy al atardecer, poco antes de las sombras.

LANZAROTE

Una luz excesiva
para pensar la muerte.

Poca sombra bajo árboles
casi ya doblegados.

Nadie con quien hablar
salvo algún extranjero.

Y aun así, francamente,
poco tiempo, apenas.

No es la isla soñada
por poetas, pintores.

La saliva se gasta
aquí en mendicidades.

Desmenuzo unas sílabas
para el sol en mi boca.

Clausurados, los cráteres
son ya sólo jorobas.

Se desgarran los vientres
del viento entre los muros.

Vale más alejarse,
no volver sino en sueños.

NOCHE DE SUEÑOS

Yo sé a quién amo: sé que no me engañan
los fragmentos de sueños sucesivos
que aletean perdidos en la oscura
mañana en que despierto cada día
y que recojo con mis manos torpes:

en ellos vuelvo a verte, celebramos
un nuevo nacimiento del amor,
nos separamos mientras tu mirada
se adhiere, frágil y orgullosa,
a la mía como tantas otras veces.

Siento tu lengua en besos
que antes no sabías darme, acaso
porque ahora te invento como quise que fueras
o porque has aprendido, en este tiempo de ausencia,
a besar con el otro para hacerlo
mejor ahora conmigo, dejando que tu lengua
se enrede lentamente con la mía,
retirándola luego sin rudeza y entregándola
una vez más, más húmeda, con todo
el ardor que has guardado, si los sueños no engañan,
en todos estos meses para mí.

Un patio de colegio, una parada
de autobús en donde tres, cuatro personas
depositan de pronto un cadáver de rostro
desfigurado, acaso el del amor
que ha muerto y del que huimos
cogidos de la mano hacia una nueva vida.

Amar es olvidar
la vida sin amor que fue como la muerte.

RETRATO

Está desnudo en casa y, como un perro,
devora lo que encuentra: desechos, carne cruda
en huesos
de recientes cadáveres;
se agacha a defecar si le dan ganas
y difunde los rastros de su baba
por alfombras, sillones y cojines
en los que a cualquier hora, luego,
se recuesta a dormir,
saciado, en flácida postura.
Al despertar les ladra
a sombras que no sabe
si nacieron de un sueño o de su propio
cuerpo encogido, quejumbroso,
mientras se despereza.
Olfatea los cuartos,
se golpea el hocico en las esquinas
antes de vomitar
y gime
como si fuera un perro abandonado,
sin saber que no hubo nunca un dueño,
que nunca hubo calor junto a su llanto
y que nadie roerá
sus huesos ovillados.

POEMA DE LOS CUERPOS EN VERANO

En una noche así, noche de junio, los cuerpos se abandonan al aire del verano, y la mirada los sigue desde lejos, sinuosa como ellos, retenida en el cuenco de los ojos como un agua que nunca, aunque quisiera, pudiera desbordarse.

Cruzan, en una noche así, los cuerpos en torno a la mirada que intenta capturarlos, deambulan sin saberse deseados, se detienen en grupos junto a un banco o pasan, desafiantes, solitarios, mientras alguien les lanza una red invisible y los caza un instante para luego soltarlos, pero no porque sienta piedad de su belleza, sino porque la red es frágil además de invisible y enseguida se rompe bajo el peso de un cuerpo. Las capturas fugaces, las ganancias y pérdidas que en una noche así no dejan nunca de sucederse dan a la mirada un poder que no es más que una miseria, y ese aroma volátil que es un cuerpo que pasa cava un poco más hondo el agujero abierto al principio del tiempo por aquel primer cuerpo que perdimos en el preciso instante en que creímos ganarlo. Las ropas del verano, camisetas sin mangas, bermudas y sandalias, pantalones de lino, e incluso, a veces, unos torsos desnudos con la playera al hombro consiguen detenernos al borde de la acera, o nos obligan a acelerar el paso o a desviar nuestro rumbo por calles de otros barrios. Por un tiempo vamos en pos del cuerpo que irradia desde lejos su gracia o su tersura, su escultórica

silueta o, simplemente, la danza de sus pasos.
Dejamos que se aleje en su mundo no nuestro,
que regrese al lugar del que salió esa noche,
es decir, a todo
lo que no es nuestra mirada,
y acaso alguna vez nos atrevemos
a imaginar su vida allí, su cuarto, su familia, su cama,
[sus deseos,
y entonces somos ya algo más que mirada,
somos como demiurgos que creamos homúnculos
y no nos atrevemos a soplar en su frente
para que cobren vida porque estamos seguros
de que caerían convertidos
en polvo a nuestros pies.
Preferimos, entonces, no imaginar ya nada,
limitarnos al goce de su paso incorpóreo,
como si fueran simples
figuras que desfilan
por algún escenario al que se nos hubiera
prohibido acceder,
meras sombras que afloran en medio de la noche,
a las que no podríamos hablarles
porque no pueden escucharnos,
sombras de un inframundo que se hubiera instalado
por poco tiempo aquí, en nuestro mundo,
semidioses que portan la alegría
y también la desgracia, la presencia y la ausencia
en el instante de su aparición.

LA INTIMIDAD

Y ahora,
atrapados como estamos
en estos terraplenes de jugosa luz última,
¿vas a decirme que no tiene sentido
ni siquiera atreverse a respirar
a medida que el viaje de las nubes
se adentra en las montañas,
respirar en el límite
y pensar que detrás de lo que respiramos
está la imposibilidad de respirar,
la extática tiniebla?

Te escribo porque apenas
lo he hecho últimamente,
arconte o diosecillo,
ángel faunesco
o serpentino mordedor
de tantas horas que el tiempo no quiso devolver.

Conozco tus caprichos,
pero soy más paciente que al principio.

Estoy sentado, mírame,
al borde de la oscuridad.

La luz se filtra desde inmemorables
gradas por las que no podríamos
descender o subir.

La memoria se engaña
creyendo que conoce el asiento de la sombra.

¿Vendrás
a hacerme compañía
en este umbral donde te conocí

para jugar de nuevo
al escondite que inventamos?

Ya sé que no vendrás.

Los árboles me miran
una vez más, materia absorta
que dibujara un día los rostros de la descomposición.

Ahora soy yo quien los dibujo
para que, sin necesidad de respirar,
pueda volver aquí
siempre que lo deseen las montañas.

EL LUGAR DE LA NIEVE

I

No he caminado nunca por aquí,
ni un viento como este me salió nunca al encuentro,
aunque de nuevo esté en pie
la amarga resolución de decir casi nada,
una insignificante muesca
en el hueso del alma. Qué indiferente
has sido hasta ahora a todas las incitaciones
de la vida secreta, nada
de lo que te salía al paso
era para ti más que una oportunidad
de volver a escuchar tu canción favorita, como si
lo que la vida te brindara
debiera formar parte de lo consabido;
pero ahora
que se impone una nieve más dura,
una nieve agrietada,
perdida, silenciosa, absorta,
no sabes cómo responderle,
ni siquiera conoces los nombres de esos pájaros
que en las copas raquílicas
alborotan entre una y otra ráfaga.

II

Quién diría que todo esto
fuera a estallar un día
si ahora yace encadenado a la más oscura
de las horas, la del despojamiento
y la del hielo, la hora hundida en el fondo
de la espiral de la ausencia. Quién
diría que ahora mismo la savia
bulle, bucea recóndita
en las madres dormidas
y que, desde lo más lejano, nos llama

lo que algún día tendremos
estrechado en los brazos
—aunque no sea sino el último aliento
de la última palabra que diremos:
revolotea ya aquí
en la atronadora ventisca
y toma de la nada
su ninguna sustancia.

III

Te entretuviste distraído
junto a unos matorrales que, pensaste,
se libraban del látigo del viento, ralos
matojos verdinegros hincados en la tierra.
Sentiste desazón. No era el camino
que pensabas tomar cuando saliste.
Era un sendero estrecho
que bordeaba la montaña y te exponía
a la succión, a la roedura.
Había en un recodo
cinco o seis caracoles cuyas conchas,
blanquísimas, estaban medio hundidas en el barro.
No había nada dentro.
Conchas huecas,
ni el más mínimo rastro de otra vida
salvo los excrementos de las cabras.
El viento percutía
un dolor a través de tus oídos.

IV

Cuántas veces, ah, cuántas veces,
sin saberlo, lo escuchaste.
También esta mañana, como si lo soñaras,
tocaba los cristales,
insistente. Pero tú no querías
dejar de soñar con la intemperie.

Desmesura y ardor son los nombres que adopta
lo que no tiene nombre
ni quiere ser soñado.
No es el final aún, pero presentes
que se apaga su voz
cuanto más entre sábanas te envuelves
para escucharla. Solo salva, has pensado,
levantarse, olvidar y salirle al encuentro
para saber si es verdad que en los caminos
todo se ve mejor
y la intemperie te pone
su mano helada sobre los hombros.

V

Nada, ni cuando creí haberlo hecho,
escribí nunca sobre la nieve.
Comprenderla es difícil.
Y aún más difícil
es encontrar un rincón de nieve sin huellas de pisadas
y, con una rama reseca,
escarbar en ella unas palabras
que el corazón no entienda
porque las lleva dentro desde siempre.
¿Desde siempre? No hay
nunca ni siempre en el adiós
que es escribir con el hueco de lo blanco
unas letras de ausencia,
aunque hablen de amor.
Agáchate y escribe en el lugar de nadie
palabras que el viento de la noche, cómplice,
no se llevará quizás, palabras como huellas
de pisadas de corzo,
que queden por un tiempo, hasta que vuelva a nevar.
Palabras en la nieve
que puedan ser borradas
tan solo por la nieve.

VI

Poco después,
el lugar de la nieve
en que escribí esas palabras
no era acaso ya más que un montículo seco
y acaso con la nieve se habían derretido como sombras
[las palabras,
pero qué importaba eso si el temblor
de la luz que se marchaba de puntillas
entre las montañas dormidas
acariciaba como por última vez las extasiadas
gargantas de los pájaros, para que,
escondidos en los árboles,
cantaran como quien juguetea,
cantaran una líquida estrofa de luz pura
antes de revolotear y perseguirse y perderse.
Yo me detuve bajo los carámbanos
y pensé en que sería un modo extraño
de morir
dejarme atravesar por uno de ellos:
una estaca de hielo en pleno corazón.

VII

Que pese lo mismo que nada,
como la nieve que cae cuando todos dormimos
—y nadie se despierta salvo quien
pesa ya tanto dentro de sí mismo
que cualquier copo es como plomo para sus sueños—,
que pese apenas
este libro que leo,
que las palabras parezcan no pesar
no significa que no caigan
unas sobre otras hasta que se borran
de la faz de —¿de la faz de qué
pueden borrarse unas palabras

si fueron escritas sobre lo incorpóreo,
si no llegaron a decirse
porque no hubo saliva suficiente
o el vaho del aliento las retuvo en su nube?—,
hasta que se borran sobre la faz, no de esta tierra,
sino de la tierra borrada desde siempre
por la nieve que cae y que no pesa
y, sin embargo, retumba
en algún sueño, adentro.

VIII

Aunque el viento lo niegue
quedó atrás otro invierno. No, no escindas
lo que recuerdas de lo que te sale al paso,
el fango del camino de la nieve que cruje
ya solo en el recuerdo,
en el hilo que pende de una disolución.
Cruzó entre dos silencios
el pájaro de siempre. Una cabra,
si es que era una cabra,
salió a tu encuentro, se interpuso
entre lo que no podías darle y lo que le ofreciste.
Y un cervatillo que perdía el rastro
del olor de su madre se escondió temeroso en el bosque.
Los animales saben
que otra estación se acerca, que las huellas quedaron
dormidas en la nieve que, al fundirse,
se mezcló con la tierra
en el fango que pisas.

IX

En otra tumba más te has convertido,
no eres ya más que una incisión que dice, en el reverso,
lo tardío de todo, el nudo
o perversión que no revela nada,

cicatriz escondida, una vez más, cicatriz sobre antiguas,
borrosas,
incontables cicatrices, incisos
o marcas olvidadas, rasguños
como las picaduras de insectos que sangran en las pieles
[imberbes,
jardín de eflorescencias, nombre
de lo desvanecido que se dijo en bocas sin aliento,
una tumba eres tú, una tumba que hubiera
preferido apartar de este camino hendido,
nunca sabré pedirles a los ojos que olviden
lo que vieron entonces, las pupilas
que ardían en la luz de tus ojos perdidos en los míos,
¿o era al contrario?, tus ojos
enrojecidos poco antes de que se los llevara el sueño
adonde nunca sabré,
a ese lugar que es ahora otra tumba, silenciosa, en la nieve.

QUÉ PRISA les ha dado últimamente a los padres
de todos mis amigos por morirse,
como si fuera este el momento en que dejarnos a solas con
[nosotros mismos,
lo prometido desde nuestras cunas,
la abolición de los consejos
con que siempre iba engalanado el ceñudo futuro
y sin los cuales, en otra época,
no hubiéramos sabido qué hacer con nuestras vidas,
oh, qué prisa les ha entrado últimamente a los padres
de mis amigos por marcharse todos de golpe,
aquellos a los que conocí y aquellos
de los que sólo supe por las palabras con que los lloraron,
¿creen que es buena idea
ir a reunirse tan pronto con sus deudos,
dejar a mis amigos
en medio de la mitad partida de sus vidas,
cuando los hijos de mis amigos, sus nietos,
se van a vivir solos, viajan al extranjero
para dejar atrás sus infancias atípicas
o para sumar sus vidas a la gran oleada
de jóvenes errantes que deambulan por Europa
tocando la guitarra en las estaciones
o pintando retratos a un euro el medio metro?,
¿o será que la prisa, esa mala consejera,
les habrá sugerido que ya no hacen tanta falta,
que acaso porque se les visita menos
ya no son necesarios?, pues los padres
casi siempre suelen compararse con las madres
y tienen la falsa impresión de que su labor ha concluido,
de que hasta aquí ha llegado lo que podían enseñarnos,
mientras las madres continúan cuidándonos,
rezando cada noche una oración
que proteja a sus hijos de cualquier amenaza,
pobres, pobres padres que no saben rezar,
que ni siquiera son capaces de prepararnos un bistec
para cuando volvamos con hambre de nuestros trabajos,
pobres padres que se sienten inútiles

porque ya no escuchamos sus recomendaciones,
no compartimos sus mismos intereses
–nunca lo hicimos–
y hemos renegado de casi todo lo que creyeron útil
[para nosotros,
ah, qué triste la prisa que últimamente se les mete por irse
como si ya no fueran nuestros padres,
como si no los reconociéramos, más calvos,
encorvados, lentos, silenciosos,
oh padres que al marcharse dejan resonando las palabras
cansadas que prefirieron ahorrarnos,
su aroma depositado en los sillones que ocupaban
[por la noche,
un sinsabor difícil de entender a medio camino entre
[la indefensión y la responsabilidad,
la extraña sensación de ser ahora los padres
[de nosotros mismos,
sus voces, las respuestas que nos dieron en la infancia,
incorporadas a nuestra conciencia como un espejo roto,
oh padres enfermos de cáncer,
afectados por el párkinson,
oh padres que padecen una irreversible diabetes,
que sufren un ictus en la playa, rodeados de sus nietos,
padres que regresan al estado de neonatos
y no reconocen a sus hijos, oh padres a los que sus hijos
se ven obligados a sedar por prescripción facultativa,
padres aferrados a una última confidencia,
antes de que anochezca
y quede a oscuras la habitación del hospital
donde habrán de pasar la última noche, solos,
visitados por sus propios padres, nuestros abuelos,
que vienen a buscarlos para cerrar el ciclo,
oh padres sin una sola palabra de consuelo final
[para nosotros,
padres egoístas que sólo piensan en lo largo del viaje,
padres que en una cama de hospital
se convierten en la luz silenciosa
que borrará todas las sombras, cada momento incómodo,

y hará de sus rostros, de su última mirada,
el diapasón con que afinaremos a partir de entonces
[cada instante,
oh prisa de los padres por marcharse,
oh pedestales de sus voces ya nunca más combatidas,
luz silenciosa de su mirada última.

A VECES había que ir a buscar a los amantes a un pueblo
[lejano del norte,
y ellos se escondían detrás de la palmera de una plaza
o querían subir por la pendiente que llevaba a un antiguo
[convento
para ver qué había detrás,
sí, no era fácil, había que buscar en los mapas
direcciones confusamente escritas,
recorrer barrios en los que no se había estado nunca
y disipar con los últimos restos del deseo
la desazón del lugar, la impericia en la búsqueda,
pues los amantes, a veces, estaban escondidos en un bosque
o en lo que había sido un bosque,
convivían allí con neonazis y luciérnagas,
y al cruzar las avenidas completamente a oscuras
de un bosque, tiritando,
veíamos brillar también las barras de metal, fosforescencias
[suspendidas,
¿sabía aquel amante que unas semanas después se
[suicidaría?,
¿en qué restaurante trabajará ahora aquel otro,
al que vi por última vez
a través de los cristales, sin atreverme a entrar,
de un bar recién inaugurado en el centro,
de quién serán ahora
sus decenas de pares de zapatos?,
a los amantes los recogía a veces en un lugar convenido
y al llegar a mi casa se desnudaban
como si fuera una condena estar allí,
y sus cuerpos crujían como si estuvieran atados
a un instrumento de tortura, y era tan sólo un abrazo
con todas mis fuerzas lo que los ahogaba,
sentíamos cómo luchaban los cuerpos
para no morir, y mordíamos las sábanas,
nos enredábamos en los decúbitos supinos
y patentábamos posturas que cualquiera
hubiera escogido para su despedida del mundo,
había amantes zafios, inteligentes, pasionales,

pulcros, aventajados, tímidos, precoces, gráciles,
amantes que en el interior de unos arbustos
se hacían los muertos para que yo supiera
lo mucho que el deseo se parece a la ausencia,
bocas que se besaban dentro del agua
y dejaban en el mar la saliva de la muerte,
bocas a las que les bastaba decir una palabra
para pulverizar las inestables torres construidas
[por la ternura a lo largo de los meses,
y así hasta que todos los amantes se fueron,
incluso los que lloraban en las pequeñas despedidas
y llamaban por teléfono cinco veces al día,
incluso esos acabaron yéndose, devolvieron la entrada
y algunos exigieron ser recompensados
por el tiempo perdido, como si fuera posible
recobrar los instantes, vaciarlos de vida,
devolverlos al blanco original de lo no usado,
¿sabían entonces, los amantes, en medio de la combustión,
que a la larga serían confundidos
los unos con los otros, mezclados los lugares,
desmentida la hermosa singularidad de cada cara,
fusionados los cuerpos, las partes de los cuerpos,
las pieles, las espaldas, los penes, los pezones,
confundidas, incluso, las sensaciones, confundidos los
[orgasmos, las penetraciones,
confundidos en un solo cadáver de placeres extintos
que, silencioso, flota en la memoria?

SI MI TÍO viviera

estoy seguro de que hubiéramos prolongado el ritual
de los cortados a media tarde en el bar de Mariano,
seguiríamos discutiendo sobre poesía ingenua
y poesía sentimental –aunque no las llamáramos así–
mientras el pavimento

no dejaba de agrietarse ante la acostumbrada
pasividad de las autoridades, nos exaltaríamos
repasando las ciento una triquiñuelas
de los partidos nacionalistas

para saquear a los mismos ciudadanos
que religiosamente los votan en las elecciones,
recordaríamos a Lorca y a Neruda,
víctimas del fascismo, a quienes mi tío
admiraba, y cuyas obras completas
me enseñó la única vez que entré en el cuarto donde

[guardaba los libros

como joyas que nadie en su familia era capaz de apreciar,
ni siquiera su hijo, muerto a los diecinueve años,
no sólo porque es imposible que los muertos compartan

[los gustos de los vivos,

sino porque tampoco entonces, cuando vivía,
mostró interés por la lectura,

y quizá no lo hubiera mostrado nunca
aunque no hubiera muerto tan joven,

aunque no se hubiera convertido en un rostro radiante
encerrado en un marco de metal

y en una grieta que crecía por dentro del cuerpo de mi tío
desde la punta de los pies hasta el rincón más remoto

[del cerebro,

una grieta parecida a esas que fracturaban el asfalto

como si un lento, pero persistente, terremoto
hubiera asediado desde hacía años la ciudad

y se nos colara a través de las plantas de los pies
desestabilizándonos a la hora de caminar

y a la hora de sentir, un sismo

que venía de muy antiguo y que se confirmaba
con la muerte de los jóvenes de entre dieciocho

[y veinticinco años

que sufrían accidentes de tráfico,
morían víctimas de sobredosis
o se suicidaban lanzándose desde un cuarto piso,
podía saberse quiénes, qué padres, por su forma de andar,
habían perdido a sus hijos
y encontraban en la progresiva
destrucción de la ciudad
la excusa perfecta para dejarse morir,
estoy seguro de que si mi tío viviera,
y sobre todo ahora que me he mudado
muy cerca del que fuera su último domicilio,
compartiríamos el abandono,
la pretenciosa marginalidad
de quienes, por la tarde, en el bar de Mariano,
comparten media hora alrededor de un cortado
buscando rescatar de entre los cascotes
amontonados en la calzada
por los empleados municipales
en su farsa de acondicionamiento de los barrios periféricos
un resto de pureza, una verdad diluida
entre la impúdica contaminación de los recuerdos,
la media asta de todo lo venido a menos
sin que en ningún momento pudiera comprobarse
que anteriormente hubo más,
que hubo en la juventud un brillo, una exaltación,
que sirvieran, de algún modo, como contrapeso o reparo
de la tristeza que crece cada día
y hace sangrar las uñas de los pies,
las comisuras de los labios
y los globos oculares, es decir,
las partes de los cuerpos que limitan con el mundo,
sí, estoy seguro de que si mi tío viviera
los cortados serían nuestras sangrantes
bolas de cristal.

AL EXTRANJERO que vivió tres años en aquella ciudad
y la vio transformarse en no menor medida
que sí mismo,
como en una simbiosis en la que la ciudad
y el extranjero se intercambiaban sus perplejidades,
perdían la virginidad y aprendían a tratar con
[los desconocidos,
al extranjero que se vio un día en medio de una plaza
intentando entender las referencias históricas
de la estatua de un noble caballero
que asistía todas las mañanas al bullicioso despliegue
de los puestos del mercado, a la apertura
de nuevos cafés para estudiantes cada año,
le gustaría volver a viajar a esa ciudad,
después de tantos años, pues sabe que en cada callejuela
lo está esperando, como el cabo cortado de un hilo,
la continuación de un suceso del que fue protagonista,
como el de aquel sábado santo
en que, tras haber escuchado en la iglesia una pasión de
[Bach,
rodeó por primera vez el planetario,
o el del perro callejero que lo acompañó
hasta una de las estaciones de tren,
aquella en la que las nubes morían con mayor lentitud,
permanecer una vez más emboscado
en el parque al que se entraba por una verja rota,
extranjero asomado al abismo
de las palabras extranjeras, sonidos
que restallan en el oído y se desangran
antes de que sus cuerpos puedan ser comprendidos,
extranjero deseoso de comprender los cuerpos
de las palabras extranjeras
deshechas en las bocas que le hablaban
los primeros meses en las paradas de autobuses,
los gestos que el extranjero tuvo que aprender a usar
para señalar todo aquello cuyo nombre desconocía,
y, pese a la distancia insalvable, la mudez obligada,
el extranjero agradece el aprendizaje tortuoso

de los tres años pasados en aquella ciudad
en la que nada era nunca como él sospechaba:
incluso ahora, cuando ya la ciudad
va desapareciendo del recuerdo,
el extranjero cree que aún sería posible
encontrarle sentido a alguna vivencia
si le fuera posible volver a recorrer las orillas del río
al que tan pocas veces fue,
se dice ahora, quizá porque ya entonces
sabía que los ríos se llevan las miradas
de quienes los contemplan parados en la orilla.

NOTAS

La serie de textos en prosa «La crepitación» fue escrita entre 1991 y 1992. En libro apareció sólo mucho más tarde, en 2009, publicado por Cajacanarias, en un volumen en el que recogí varias series inéditas de mi escritura temprana y que titulé *Detrás de tu nombre*. Con ese libro gané el premio Pedro García Cabrera en 2007. La cita de W. G. Sebald que antecede a los textos fue incorporada mucho después de su escritura, como un modo de leer retrospectivamente lo escrito. Samuel Hanagid o Semuel ibn Nagrella (993-1055) fue un poeta hispanojudío medieval que en su *Diván* cultivó la poesía homoerótica. El cuarto de los pájaros que aparece en los dos textos finales de la serie era una habitación de la casa de mi abuela María en la que había dos jaulas con canarios junto a una ventana.

Los poemas «Un árbol», «El canto en el umbral», «Las sábanas», «El incendio», «El umbral», «La salida» y «El ave de los cielos», fueron escritos entre 1994 y 1995, en tres circunstancias diversas: los dos meses que pasé en Madrid al terminar la carrera, los meses anteriores a mi marcha a Alemania y el comienzo de mi estancia en Jena a partir de febrero de 1995. Formaron parte del primer libro que publiqué: *El canto en el umbral*, Calambur, 1997.

La azotea – Réquiem, escrito en 1996, es un poema unitario en veinte fragmentos que publicó el Ateneo de La Laguna en su colección *Libros de la Sabina* en el año 2000. La edición original era una plaquette que incluía ocho dibujos de Vicente Rojo creados a partir de los textos. La azotea que en ellos se describe es la de la casa de mi abuela María en Santa Cruz de Tenerife. Mi primo Diego, que murió con diecinueve años en un accidente de moto, construyó allí un palomar. *Alongarse*, en el español de Canarias, significa ‘proyectar hacia delante el tronco y la cabeza, desde un borde alto y con riesgo de caída’.

A Llamada en la primera nieve, un libro escrito íntegramente en Alemania entre 1996 y 1998, pertenecen los poemas «Canción de la tierra», «Llamada en la primera nieve» y «El aspirar del aire». La cita de Hölderlin, correspondiente a su poema «El Neckar», podría traducirse como «Y huye el ojo de mí / anhelando los

encantos de la tierra». *Llamada en la primera nieve* apareció en la colección Tierra del poeta de la editorial La Palma en el año 2000.

Recojo dos poemas de amor de *Los párpados cautivos*, un libro escrito entre 1998 y 2000, durante mi estancia en Leipzig, pero en el que algunos poemas se refieren a momentos vividos en los regresos a Tenerife. “Primera noche” y “Las siete cañadas” formarían parte de este grupo. El segundo poema describe un paseo por uno de los senderos de Las Cañadas del Teide, el circo volcánico situado en la cumbre de la isla. *Los párpados cautivos*, que ganó el premio de poesía Tomás Morales en 2002, fue publicado por el Cabildo de Gran Canaria al año siguiente.

«Una tarde, muy lejos del umbral», «Almendra», «Ave perdida» y «Brecha solar» se publicaron en el libro *Moradas del insomne*, publicado por La Garúa en 2005. Este libro recoge poemas escritos a partir de mi regreso a Tenerife en el año 2000 y durante la primera parte de mi estancia en Gran Canaria, hasta 2003. Precisamente en la Caldera de los Marteles, un antiguo cráter volcánico del interior de esta isla, está situado «Almendra». En Agüimes, pueblo donde residí durante aquellos años, asistí al vuelo del ave perdida que da título a otro de estos poemas. Y «Brecha solar» recoge la experiencia de un mediodía en el parque García Sanabria de mi ciudad natal, Santa Cruz de Tenerife.

Los cuatro poemas sin título que comienzan, respectivamente, «Sábanas de una noche...», «La mano izquierda...», «Algunas de mis tumbas...» y «El único milagro de esta tarde...» forman parte del libro *Antes del eclipse*, escrito en Gran Canaria entre 2002 y 2005, y publicado por Pre-Textos en 2007. Me pareció que el poema en prosa «La mano izquierda...» podía considerarse un *ensayo de autorretrato imaginario* y así quise señalarlo con un guiño paratextual. «Algunas de mis tumbas...» está escrito en 2005 durante una estancia en el Collège International des Traducteurs Littéraires de Arlés. Les Alyscamps, antigua necrópolis romana, fue pintada tanto por Gauguin como por Van Gogh, famosos residentes en Arlés.

Los cinco poemas «Lanzarote», «Noche de sueños», «Retrato», «Poema de los cuerpos en verano» y «La intimidad» representan

las distintas líneas de escritura de *Un sudario*, un libro que comencé a escribir en Gran Canaria en 2005, continué en mi traslado a Madrid en 2007 y terminé en 2013, cuando todavía residía en la capital española. Se trata, por tanto, no sólo del libro de escritura más dilatada en el tiempo, sino del más extenso. Es el último libro de poemas que he publicado y apareció en Pre-Textos en 2015. La isla de Lanzarote ha sido convertida en un lugar hipermitificado por artistas y escritores, tanto insulares como de fuera de Canarias. En el poema titulado «Lanzarote» sentí, a partir de una visita a la isla, la necesidad de desmitificarla. «Retrato» es otro de esos textos que pueden considerarse autorretratos imaginarios, sólo que en este caso podría referirse a cualquier individuo al borde de la destrucción. «La intimidad» refleja acaso lecturas de los manuscritos gnósticos de Nag Hammadi, pero parte, como casi todo en este libro, de una experiencia real.

«El lugar de la nieve» es un poema unitario en nueve partes, aún inédito en libro, escrito durante mi estancia con una beca de traducción en Raron (Cantón de Valais, Suiza) en el invierno de 2013. En Raron, junto a la iglesia construida en lo alto de una gran roca, se encuentra la tumba de Rilke.

Los cuatro últimos poemas incluidos en este libro pertenecen a un libro inédito, escrito en 2018 y titulado provisionalmente *Panteón*.

ÍNDICE

- 7 La crepitación
- 14 Un árbol
- 16 El canto en el umbral
- 17 Las sábanas
- 18 El incendio
- 19 El umbral
- 22 La salida
- 23 El ave de los cielos
- 25 La azotea – réquiem
- 30 Canción de la tierra
- 34 Llamada en la primera nieve
- 36 El aspirar del aire
- 39 Primera noche
- 40 Las siete cañadas
- 41 Una tarde, muy lejos del umbral
- 42 Almendra
- 43 Ave perdida
- 44 Brecha solar
- 46 *SÁBANAS DE una noche sin abrazos*
- 47 *LA MANO izquierda acaricia*
- 48 *ALGUNAS DE las tumbas*
- 49 *EL ÚNICO milagro de esta tarde*
- 51 Lanzarote
- 52 Noche de sueños
- 53 Retrato
- 54 Poema de los cuerpos en verano
- 56 La intimidad
- 58 El lugar de la nieve
- 64 *QUÉ PRISA les ha dado últimamente a los padres*
- 67 *A VECES había que ir a buscar a los amantes a un pueblo*
- 69 *SI MI TÍO viviera*
- 71 *AL EXTRANJERO que vivió tres años en aquella ciudad*
- 73 Notas

Rafael-José Díaz

Tenerife, España, 1971

Poeta, narrador y ensayista. Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de La Laguna. Entre 1995 y 2000 fue lector de español en las universidades de Jena y Leipzig (Alemania). En diversos momentos de su vida residió en Gran Canaria y Madrid. Actualmente es profesor de instituto en Tenerife. Es autor de siete libros de poemas, el último de los cuales, titulado *Un sudario*, apareció en Pre-Textos en 2015. Ha publicado cuatro entregas de su diario, el libro de ensayos *Rutas y rituales*, los conjuntos de relatos *Algunas de mis tumbas* y *El letargo*, la novela *El interior del párpado* y una recopilación de textos en prosa titulada *Las transmisiones. Veinticuatro lugares y una carta*. Igualmente, ha dado a conocer traducciones al español de autores como Arthur Schopenhauer, Philippe Jaccottet, Hermann Broch, Pierre Klossowski, Gustave Roud, William Cliff o Maurice Chappaz. Desde 2010, en su blog «Travesías» publica relatos, apuntes, aforismos y ensayos.

ESTA ES la primera antología y al mismo tiempo el primer libro de Rafael-José Díaz que se publica en Latinoamérica. *Umbrales donde apenas llega la luz* recoge una muestra de la escritura poética de un poeta cuya obra comienza a publicarse a mediados de los 90 y que no ha dejado de reinventarse en una suerte de espiral; una espiral, se diría, que fuera ganando espacios para el poema e inoculándole a la escritura cada vez más corporalidad y mayor deseo. Lo que al comienzo de este viaje figuraba como un sonido casi inaudible, la crepitación que transformaba la materia y la convertía en sueño, poema, muerte, aparece luego en forma de umbral, espacio de encuentro entre palabra y silencio, eclipses del ser que se redescubre otro, insomnios llenos de alucinaciones, párpados que impiden ver para ver mejor, sudario de escritura que late contra la muerte. Los últimos poemas, inéditos, trazan un espacio de imprevisibles ceremonias.

COLECCIÓN *Voz Aislada*